

te malos, no sólo filosóficamente defendible, sino necesaria para preservar la sustancia moral de la fe de la Iglesia (p. 74). La Encíclica va, según su parecer, mucho más allá de la contracepción, la ética sexual, etc. De aquí también que las posturas críticas sean difícilmente sostenibles cuando se tiene una *comprensión católica* de la Escritura.

Estas afirmaciones de Finnis, en sintonía con las ya mencionadas de Grisez, han sentado mal en ambientes críticos hacia el documento pontificio, dando lugar a reacciones que por su poco rigurosa fundamentación son, a mi modo de ver, más viscerales que científicas. Es el caso, por ejemplo, de S. Fagan, que tacha de fundamentalista la postura de Grisez (cfr. *The Encyclical in Focus*, en «The Tablet», 247 (20 noviembre 1993) 1519, no recogida en este volumen), o de P. Hebblethwaite, que acusa a Finnis de asumir voluntariamente el papel de inquisidor (cfr. *Veritatis splendor in focus*, en «The Tablet», 248 (15 enero 1994) 46, tampoco recogida en el presente volumen). Como se puede ver en estos y en otros muchos autores de esta línea, la concepción que se mantiene, no ya del papel del Magisterio en la Iglesia, sino de la interpretación misma de la Revelación, no coincide demasiado con la que ha sostenido siempre la tradición católica, acercándose más bien, a mi juicio, a la protestante.

Por lo ya dicho se comprende que esta obra, aunque sin grandes pretensiones desde el punto de vista analítico o teológico-científico, presenta el indudable interés para el lector de dar a conocer las reacciones frente a la Encíclica de autores de reconocida relevancia en el campo de la moral, siendo, por lo tanto, enormemente ilustrativa de la postura de cada quien en la teología moral de nuestros días. Por este motivo seguiremos presentando en estas mismas páginas obras semejantes de reciente publicación en las diversas áreas lingüísticas.

E. MOLINA

Florent GABORIAU, *Thomas d'Aquin. Penseur dans l'Église*, FAC, Paris 1992, 200 pp., 14 x 21.

El libro de Gaboriau que ahora reseñamos es un ensayo en el que el autor quiere responder a dos preguntas: ¿Por qué la Iglesia ha optado por Santo Tomás de un modo tan claro? y ¿cómo ha sido recibido Santo Tomás de hecho por los pensadores cristianos de nuestro siglo?

En el origen de las declaraciones magisteriales a favor de una vuelta a los estudios de Santo Tomás estaba el deseo urgente de renovar los estu-

dios filosóficos. Se le señalaba como un guía seguro para lograr esta renovación, como un punto de apoyo seguro para el pensamiento cristiano y esta opción de la Iglesia sigue siendo afirmada hoy. El pensamiento católico se ha querido ligar a su doctrina hasta el punto de que se puede intuir que, con palabras de Pablo VI, cuando Santo Tomás está en cuestión hay algo más grande que él en cuestión.

Pero ¿por qué esta opción tan clara por Santo Tomás? El autor comienza por revisar rápidamente algunas otras opciones. Hay otras filosofías que, siendo también cristianas, parecen más acordes con la moda, y que se habrían podido seguir como guía para el pensamiento cristiano. Gaboriau se refiere a tres de estas corrientes y señala sus puntos débiles y la incapacidad de guiar con seguridad. En primer lugar, trata la corriente de la filosofía evolucionista, escéptica y antropologista. En segundo lugar, habla del libro de Jean Guitton *Dieu et la science*, en el que ve representado lo que llama el nuevo intento de apología de la física moderna. Se nos presenta desde esta corriente un mundo que ya no es una máquina sino un enorme pensamiento. La física vendría a rellenar el hueco dejado por la metafísica. Pero esta apología resulta ingenua cuando se compara con la doctrina de Santo Tomás. Él no entró en esta vía, aunque pueda parecer más corta, porque sabía que la cosa no era tan fácil. Tras la corriente evolucionista y la física, el autor rechaza también como inválida una tercera vía filosófica que ve representada en la figura de Paul Ricoeur. Se ha presentado como la búsqueda de una ontología acorde con la predicación evangélica. Pero sus opciones previas filosóficas y sus constantes evoluciones a un lado y otro dan la impresión, con palabras de André Leonard, *de esos trabajos de reparación de carreteras cuyas desviaciones son tan numerosas y complejas que nadie consigue llegar al centro de la ciudad*. El hecho es que a pesar de todos estos aportes recientes, la Iglesia sigue manteniendo su opción por Santo Tomás.

A continuación Gaboriau expone la actitud paradójica que han mostrado los filósofos de nuestro siglo ante Santo Tomás: todo el mundo reconoce que es un pensador magnífico, pero casi nadie lo ha leído, y menos todavía lo han estudiado a fondo. Más, aún, en realidad han sido unos tiempos en los que, en muchos ambientes filosóficos, también de cristianos, se ha rechazado de entrada, el diálogo con el tomismo y con los tomistas. La explicación de este rechazo a priori es compleja pero se entiende que la cuestión del tomismo llevaba la marca de la dificultad a causa de las ideologías predominantes y de las luchas de escuela. Aunque todas estas actitudes pudieran no ser científicas, el hecho es que el tomismo se ha visto orientado contra corriente e ignorado durante varias décadas, sencilla-

mente por ser tomista. Pero, a pesar de todo, la Iglesia sigue manifestándose a favor de este pensador. Si lo hace, teniendo en cuenta tantos inconvenientes, será por razones muy graves.

El autor afirma que quizá esta opción sea algo mucho más clarividente de lo que pueda parecer a primera vista. En Santo Tomás hay algunos puntos claves que son decisivos para que la Iglesia haya hecho de él una elección tan costosa. En primer lugar, señala el autor el sentido de la verdad y de la realidad que inspiran todo el pensamiento de Santo Tomás. En efecto, en él encontramos un pensamiento respetuoso que no se aparta nunca del razonamiento exacto y verdadero, cuidadoso de la lógica. Y junto a esto, su profundo sentido de la realidad. Su pensamiento busca el conocimiento de las realidades y se mantiene siempre ahí, el lenguaje y el propio pensamiento se someten siempre a la realidad, sin permitirse nunca concesiones. Estos dos ejes: la verdad lógica y la realidad ontológica son de una importancia muy grande, especialmente cuando buena parte de nuestra filosofía contemporánea se define con frecuencia como una *construcción de conceptos*. Es decisivo, porque la pérdida del sentido de la realidad no es una opción más. Como afirma Gaboriau una filosofía que pierde la realidad deja de ser verdadera y una filosofía solo puede ser cristiana si es verdadera.

A continuación el autor señala otros puntos clave del pensamiento de Santo Tomás por los que la Iglesia le ha elegido como guía y se ha mantenido en esa decisión a pesar de todas las dificultades: su doctrina sobre Dios, sobre el hombre y su doctrina social.

También por la tarea misma de la Iglesia. Santo Tomás dice que *el oficio apostólico es predicar la verdad*. Aquí Gaboriau hace un desarrollo del sentido de esa predicación de la verdad con citas de Santo Tomás. En primer lugar, la Iglesia no debe apartarse de la verdad de una presencia, lo real. En segundo lugar, de la verdad de una revelación: el mensaje de la salvación del hombre, la Sagrada Escritura. En tercer lugar, la verdad de una misión que es el servicio de la verdad. La Iglesia no debe buscar el triunfo sino servir a la verdad. Como la Iglesia, concluye el autor, quizás el tomismo no triunfará tampoco. Basta, dice Gaboriau, con que un pequeño número lo mantenga en cada generación mientras que las filosofías en moda van pasando con cada generación. Pero, lo que pretende el autor no es hacer el elogio de Santo Tomás, ni tampoco ganarle adeptos, sino preguntarse por qué la Iglesia se liga a Santo Tomás. ¿Los inconvenientes no superan a las ventajas? Porque también en los pensadores dentro de la Iglesia se ha dado un rechazo.

Entonces Gaboriau pasa revista críticamente a las diversas actitudes de rechazo o de incompresión que se han dado respecto al tomismo o a ciertos tomismos. Agrupándolas en cuatro orientaciones: En primer lugar, se ha dado la *detestation* simple y llana desde el antiintelectualismo de un L. Laberthonnière. Pero también se ha dado la *detestation* de Étienne Gilson y Henri De Lubac contra el cayetanismo de los tomistas romanos, acusándolos de un conservadurismo que se confundía a sí mismo con la Tradición. En tercer lugar, mezclado con la posición anterior, se han perfilado a lo largo del siglo las *antipatías* contra la deformación que los tomistas posteriores han hecho de Santo Tomás. Todas estas posturas son presentadas con citas de autores muy diversos: Gilson, De Lubac, Blondel, Gide. Ha habido un acuerdo general en decir que se ha falsificado a Santo Tomás, pero entonces, dice Gaboriau, por qué todos estos críticos no nos han redescubierto plenamente al verdadero Tomás. Gaboriau concluye que la razón es que, en realidad tampoco ellos lo conocían plenamente. En esos años, señala Gaboriau, hubo una especie de coro de voces que repetían lo mismo: Santo Tomás ha sido deformado. Pero analizando las diversas posturas parece que, en muchos casos, se pasaban la voz unos a otros, se hablaba de imperialismo tomista, se acusaba a los tomistas de pensar que fuera de él no hay salvación, se ironizaba con todo tipo de imágenes. Garrigou-Lagrange se convirtió pronto en el objetivo de todos los críticos, él representaba ese tomismo oficial romano. Pero atendiendo a las verdaderas razones de cada uno de los críticos, son tan variadas y tan discordantes entre sí que hacen pensar en algunos casos en fobias u opiniones personales no muy fundamentadas. En cuarto lugar, se añadieron a todo esto las disputas de los *dialécticos*. Así califica Gaboriau a los autores que, durante décadas, convirtieron una cuestión científica en una verdadera lucha de bandos: entre suarecianos fanáticos y tomistas intransigentes. En medio de todo este alboroto creado en torno al tomismo apareció el intento lovanista de hacer concordar el idealismo crítico con el realismo tomista: en ese esfuerzo estaban Noël, Gosselin y Maréchal. Fue Gilson quien criticó con lucidez este intento desde muy pronto y señaló que no tenía salida. Entonces la escuela de Lovaina cerró filas contra él y se multiplicaron los debates. Por si no estaban las cosas suficientemente enredadas Gilson comenzó a decir entonces que un cristiano que quiera hacer buena filosofía tiene que empezar por la teología, desplazando la polémica hacia otro extremo: la posibilidad de la filosofía cristiana. De Lubac se unirá a Gilson en esta nueva batalla. En sexto lugar, es presentado el caso de Jacques y de Raïssa Maritain, hacia quienes el autor no oculta su preferencia. Para Gaboriau su actitud es mucho más equilibrada, en realidad, Gaboriau no tiene nada que

reprocharles. Han leído a Santo Tomás y desde él han pasado a Cayetano y a Juan de Santo Tomás y no los detestan por haber adulterado los textos del maestro sino que los aprecian como comentadores que pertenecen a épocas muy distintas de las de Santo Tomás. Esto es, para el autor, un tomismo sano.

Se plantea también el autor qué ha distinguido verdaderamente el tomismo de Gilson del de Maritain. En muchas cosas están de acuerdo y coinciden en una misma sensibilidad y conciencia católicas, sin embargo su debate sobre el tomismo nunca llegó a un acuerdo. Al parecer, ellos mismos no acabaron de entender lo que el otro quería decir. Está claro que Gilson buscaba asegurar el espíritu auténtico de la doctrina de Santo Tomás, lo que sólo el historiador podía hacer. Maritain por su parte, representó el esfuerzo para continuar hacia delante con el pensamiento de Tomás. Más interesado, por lo tanto, en los principios que en los textos, y entendiendo los principios tomistas a veces en contextos posteriores: Cayetano y Juan de Santo Tomás.

Entonces, dónde se dió la diferencia. Gaboriau afirma que es en esa filosofía auténtica que el historiador Gilson quiere salvar de las corrupciones de sus continuadores. Ambos, Gilson y Maritain están fijos en el ser: el ser es Dios. Para Gilson creará descubrir el núcleo principal en la llamada metafísica del Éxodo: El ser en tanto que ser. Maritain le acusará de historicismo. Gilson dirá que los textos son la respuesta. Pero resulta que el gran historiador y exegeta medieval de los textos será cegado a veces por los propios textos. Gaboriau presenta una serie de ejemplos en los que Gilson ha interpretado a Santo Tomás forzando su verdadero significado.

Que Santo Tomás es acogido en la Iglesia no cabe duda, pero cuando vamos viendo lo que ha sucedido comprendemos que ha sido acogido por cada cual *ad modum recipientis*. Ha habido fracasos y evasiones ¿no podríamos intentarlo otra vez?

En un intento final de resumen Gaboriau afirma que la elección de Santo Tomás no quiere decir que en la Iglesia hay una sola filosofía cristiana, hay otras. Tampoco se ha optado por él buscando una filosofía *super-cristiana*, hay otras filosofías *más cristianas* como la de Teilhard. La Iglesia ha señalado como guía su pensamiento sin alteración ni prevaricación por su interpretación siempre correcta de la Escritura, que tiene como el instinto de la Iglesia, una especie de don profético para interpretar lo difícil. Pero sobre todo, porque Santo Tomás ofrece una metafísica original, que es la mejor expresión de la razón natural en contacto con el Evangelio. Ya Maritain señalaba que el tomismo es más que una filosofía para los estu-

dios teológicos, más que una filosofía de seminario, es la *filosofía natural del espíritu humano*. Por esto, concluye Gaboriau, no es extraño que sea difícilmente recibida. Y, podríamos añadir, no es extraño que la Iglesia se mantenga en su opción preferencial porque sabe que con la doctrina de Santo Tomás está armada con un pensamiento extraordinariamente sólido.

Las reticencias, en opinión del autor, han venido, en primer lugar, de apegamientos a los autores de la propia Orden. Es cierto que tiene que haber libertad para seguir a un autor u otro pero en un debate en el que se expongan las razones de esa opción. Santo Tomás estaba abierto a la transparencia de la argumentación. Todos los pensadores se pueden perpetuar y guardar memoria de ellos, pero lo que la Iglesia busca es sostener la verdad. Finalmente Gaboriau se refiere a la cuestión de las famosas tesis principales tomistas (Dz. 3601). Afirma que presentar una filosofía en tesis o fórmulas puede paralizar el pensamiento, que esto se hizo para mostrar que la Iglesia recomendaba la doctrina de Santo Tomás en concreto y no de una forma vaga. Pero el acceso al verdadero pensamiento de Santo Tomás no debe consistir en ir clasificando citas sino en comprender y mostrar cómo brotan esas semillas. Una *metafísica verbal* sería necesariamente infecunda. Incluso si llegáramos a clasificar todas las afirmaciones de las obras de Santo Tomás no encontraríamos tampoco su pensamiento, veríamos materiales de todos los autores anteriores, una por una, las tesis que pudiéramos encontrar estarían quizás en la filosofía del paganismo, de la patrística, del islamismo y del judaísmo, pero Santo Tomás mejora lo que toca. Su pensamiento no es una reunión de citas sabias.

Me parece que el libro es una reflexión interesante sobre la importancia del pensamiento de Santo Tomás y sobre la complicada historia del tomismo (los tomismos) en nuestro siglo. Por ser la historia de un debate, todavía relativamente reciente, no podrá satisfacer a todos, además Gaboriau hace interpretaciones personales de las diversas actitudes y sobre esas opiniones se podrá disentir, pero pienso que sirve como esquema general de los problemas que han aquejado a la filosofía tomista. Es una cuestión clave, y en esto creo que el acuerdo es general, que hay que distinguir entre el pensamiento propio de Santo Tomás y el de los intérpretes posteriores (Cayetano y Juan de Santo Tomás). También que hay que distinguirlo de las diversas interpretaciones que han hecho los estudiosos de la filosofía y las escuelas tomistas a lo largo del siglo XX.

Pienso que también es hora de superar el debate de los neotomismos. Las indicaciones del magisterio lograron la renovación del tomismo y con

él, de paso, se ha recuperado el pensamiento medieval, que era casi desconocido a principios de siglo. Ahora, felizmente, las disputas de escuela pertenecen a otra época que ya ha terminado, han aportado muchas cosas, pero hay que cambiar el discurso. El interés por Santo Tomás sigue siendo plenamente actual y lo que nos debe interesar es conocer su verdadero pensamiento.

M. LLUCH-BAIXAULI

